

SERIE  
MINDF\*CK  
LIBRO 3

# ÁNGEL ESCARLATA

S.T. ABBY

Traducido del inglés por Gema Pereira Silvestre

CONTRALUZ

~~Tim Hoover~~  
~~Chuck Cosby~~  
~~Nathan Malone~~  
~~Jeremy Hoyt~~  
~~Ben Harris~~  
~~Tyler Shane~~  
~~Lawrence Martin~~  
~~El tío del callejón~~  
~~Kenneth Ferguson~~

«Para derrotar a un monstruo, hace falta ser  
despiadado. Para amar a un monstruo, debes  
compartir tu alma».

—LANA MYERS

## CAPÍTULO 1

### LOGAN

Más vale tres horas demasiado pronto  
que un minuto demasiado tarde.

—WILLIAM SHAKESPEARE

—No entiendo por qué la soltó. No concuerda en absoluto con su perfil —le digo a Craig mientras nos detenemos en la comisaría—. Un sádico sexual, responsable de una ola de asesinatos, no libera a una víctima así, sin más.

—Yo tampoco. La chica está tan traumatizada que no ha dejado que la trasladen. Ha dicho que teníamos que venir nosotros y que solo hablaría contigo. Ni siquiera le han permitido a su padre venir todavía. Aseguró que no hablaría con él hasta hacerlo antes contigo.

Confundido, entro a toda prisa en la comisaría y dejo que Craig se encargue de las presentaciones. ¿Por qué la ha dejado en esta ciudad? Y, más en concreto, ¿por qué la ha soltado?

En mi cabeza se agolpan mil preguntas al entrar en la habitación donde la tienen retenida. Está temblando, con los ojos muy abiertos y aterrados, y envuelta en una manta.

Dentro hay tres hombres y una mujer, y todos se mantienen a cierta distancia de ella. Está aterrorizada, lo cual es comprensible, y es muy probable que ya haya sufrido varios ataques de pánico si alguien se le ha acercado demasiado.

—Soy el agente especial Bennett —digo con suavidad, tratando de mantener un tono afable y nada intimidatorio.

Clava sus ojos en los míos e inmediatamente comienza a llorar. Todos parecen tan confundidos como yo.

—Me... dijo... que... contactara contigo... Solo contigo —dice entre sollozos—. Me dijo que no podía enseñárselo a nadie... Solo a ti... A nadie más que a ti.

Desconcertado, doy un paso al frente con cautela.

—¿Enseñarme qué, Erica? —le pregunto, mientras me agacho con cautela frente a ella para parecer más pequeño y menos amenazante.

—Esto —responde antes de quitarse la manta y levantarse la falda para mostrar la parte in-

terior del muslo que tiene vendada. La sangre ha empapado el vendaje y miro a la agente más cercana a mí.

—No nos ha dejado examinarla. Se ha negado hasta que vinieras —dice, lo que responde a mi pregunta silenciosa.

Erica se arranca el vendaje tirando de él y veo las palabras que lleva grabadas en la piel.

«A SALVO.»

Incluso ha puesto un punto.

No tiene ningún sentido.

—¿Te dijo adónde iría? —le pregunto.

Ella no para de sollozar mientras sacude la cabeza.

—Me dijo que me mataría si no seguía sus órdenes. Me amenazó con que volvería a por mí. Ya me ha secuestrado una vez, así que podría hacerlo de nuevo. Me dijo que, si seguía sus órdenes al pie de la letra, me dejaría seguir viviendo.

—¿Y te ordenó que me mostraras esto? —pregunto, todavía intentando seguir lo que dice.

—Sí. Que te trajese aquí y te enseñara esto. Eso es lo único que tenía que hacer, y me permitiría seguir viva.

Está llorando tan fuerte que cuesta seguir lo que dice, pero creo que la entiendo lo suficien-

te como para ahorrarle más preguntas. No está en condiciones de que la interroge en estos momentos.

La ha dejado destrozada.

—¿Puedo ver a mi padre ya? —solloza—. He hecho lo que me pidió. Lo he hecho bien —llora.

—Por supuesto, Erica —le digo.

Todavía no hemos encontrado la manera de acusar a su padre por lo que hizo. Ha sido puesto en libertad provisionalmente solo para esto.

Hago un gesto con la cabeza para que entre y le abren la puerta. Segundos después, un hombre roto entra corriendo y agarra a su hija, que llora desconsoladamente. Me doy la vuelta y les dejo un momento a solas mientras ella solloza contra su pecho.

—«A salvo» —le digo a Craig en cuanto salgo.

—¿Puede ser el resto del mensaje? «No puedes» —dice, y muestra una foto en su iPad de la mujer del juez a la que colgó de un edificio— «mantenerla» —continúa, y enseña la foto del brazo de Lisa— «a salvo» —dice, mirándome a mí.

Donny está de pie a su lado y sacude la cabeza.

—Pero Erica está aquí. ¿Nos está diciendo que no podemos mantenerla a salvo ahora que

la tenemos? ¿Será un paso más dentro de su juego?

Una ráfaga helada se apodera de mí.

—«Logan Bennett, no puedes mantenerla a salvo». Grabó mi nombre en aquel cuerpo con la primera parte del mensaje.

Todos abren mucho los ojos y yo entro en pánico antes de sacar el teléfono. Cuando llamo a Lana, me salta directamente el contestador, así que maldigo y me pongo en contacto con el coche patrulla asignado a su casa esta noche.

—Agente especial Bennett, ¿cómo puedo...?

—¿Dónde está Lana? ¿Estáis vigilando su casa ahora?

—No... Em... Lo siento, señor. Creí que ya se lo habían dicho. Nos retiraron para ir a ayudar en la búsqueda de los niños que aquel enfermo había enterrado.

Se me revuelve el estómago como si me hubieran clavado un cuchillo y cuelgo para llamar de inmediato a Duke.

—Detective Du...

—Dime que estás con Lana en estos momentos —espeto.

—No... Creí que estaba contigo. ¿No la acabo de ver en tu oficina?

—¿La has dejado sola, joder?

—¡Pensé que estaba contigo! Según mis agentes, la sacaste de casa, ¡y luego la vi contigo!

—¡Me cago en la puta!

Cuelgo y empiezo a correr hacia el SUV en el que hemos venido. Craig y Donny vienen pisándome los talones.

—¡Me quedaré aquí y veré lo que puedo averiguar! —grita Donny.

Craig se sube al asiento del copiloto y se abrocha el cinturón a toda prisa mientras yo arranco para salir del aparcamiento. Le lanzo mi teléfono.

—Sigue llamándola.

Hace lo que le digo, pero no deja de maldecir antes de colgar.

—O tiene el teléfono desconectado o está sin batería. La llamada no entra.

Piso a fondo el acelerador y enciendo las luces.

—¡Que vaya alguien hacia allí, ya!

—Ya estoy en ello —me dice con el móvil en la oreja. Le está gritando órdenes a alguien, informando de la dirección de Lana mientras yo me abro paso entre los coches sin pisar el freno en ningún momento.

—Dicen que tardarán veinte minutos —me informa antes de colgar—. ¿Cuánto tiempo lleva en casa?

Siento un nudo en el estómago. Se fue una hora antes que yo. Tardaría unos treinta minutos en llegar a casa. A mí me ha llevado casi dos horas salir hacia aquí. Eso significa que la ha tenido para él solo durante al menos dos horas y media.

Sin nadie que la salve.

En mitad de la nada.

Sin un vecino cerca que la escuche.

—Demasiado —susurro con voz ronca, temiendo lo peor mientras piso más a fondo y oigo a Craig resoplar cuando esquivo otro coche por los pelos—. Demasiado tiempo, joder.

## CAPÍTULO 2

### HADLEY

El infierno está vacío y todos  
los demonios están aquí.

—WILLIAM SHAKESPEARE

*La tempestad*

*Un rato antes*

Dicen que los niños encuentran la magia en todo. Los ojos que me miran cuentan una historia diferente mientras me siento a su lado. Tan pequeña y ya ha visto algunas de las peores depravaciones de este mundo. No hay nada mágico en eso. Solo maldad.

Lindy May también parece tener los ojos hastiados, pero estoy demasiado sensible como para pensar con claridad ahora mismo.

Este hombre siguió haciendo de las suyas porque les dejé que me convencieran de que estaba todo en mi cabeza. La terapeuta. Él. Mi madre...

Por mi culpa, ahora esta niña está sufriendo. Por mi culpa muchos otros niños están muertos. Muchos otros niños sufrieron lo mismo que yo.

Porque era débil. Tanto que dejé que me manipularan.

La culpa me resulta insoportable y apenas soy capaz de respirar cuando me obligo a sentarme a su lado. Para distraerme de mis propias dudas, me centro en el hecho de que ella conocía a Lana. No tengo ninguna duda de que la niña, que no había saludado a nadie hasta ese momento, le hizo un gesto a Lana con la mano porque sabía quién era.

—¿Conoces a Lana Myers? —le pregunto.

Abre los ojos y Lindy carraspea.

—No. Qué va.

Está claro que es mentira, pero no lo digo. No se está quieta, y se la ve incómoda desde que he mencionado a Lana. Craig ya se ha ido corriendo a contárselo a los demás, así que no tengo mucho tiempo para obtener respuestas.

Laurel frunce el ceño y mira a Lindy.

—Ese hombre que te ha hecho daño... también me lo hizo a mí —le digo, buscando complicidad, intentando proporcionarle algo que le permita crear un vínculo conmigo. Me cuesta

distanciarme..., no dejarme llevar por las emociones. Pero lo consigo porque llevo años entrenándome.

Laurel se inclina hacia mí, me tira de la manga y yo me agacho para que me susurre al oído. Noto que se tapa la boca con las manos, como si quisiera evitar que alguna palabra escape del túnel que va de sus labios a mi oído.

—Mi ángel se ha asegurado de que nunca vuelva a hacernos daño —dice, y un estremecimiento enfermizo se apodera de mí—. Mi ángel me salvó. Ella siempre me cuidará. Lo está haciendo ahora mismo.

Me incorporo para asimilar lo que me ha dicho cuando Duke irrumpe en la habitación. Ni siquiera estoy segura de lo que están hablando cuando consigo salir. Logan me sigue, demasiado preocupado.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas y empiezo a sollozar, a asimilar el peso de mi responsabilidad en todo esto.

Podría haber evitado que les hiciera daño a más personas.

De mis labios brotan las palabras igual que un vómito, y vierto todo lo que he reprimido desde el día en que hui. Tampoco sé muy bien lo que nos estamos diciendo; todo es muy confuso.

Mi mente ha activado el piloto automático, dominada por la culpa y el autodesprecio.

No me detiene cuando acabo por marcharme, pero me paro frente a la sala de descanso. Lana está repanchigada, viendo la tele como la persona más relajada en la faz de la tierra.

Me mira, consciente de que alguien dirige su atención hacia ella. Esa no es la reacción de una persona inocente.

Me observa con una sonrisa burlona en los labios, como si me estuviera retando a decir algo en estos momentos.

«Mi ángel se ha asegurado de que nunca vuelva a hacernos daño. Mi ángel me salvó. Ella siempre me cuidará. Lo está haciendo ahora mismo».

Las palabras de Laurel me golpean, y poco a poco voy conectando piezas que no terminan de encajar. *Ella*. Laurel dijo «ella».

Y saludó a Lana con la mano.

No puede ser verdad.

Es imposible que Lana lo matara y torturara... ¿Verdad?

Ella arquea una ceja, como si me retara a hablar primero. Si ha matado a un hombre y ha entrado tan campante en un sitio como este..., es una puta psicópata.

No. Es solo que estoy alterada.

Doy por terminado el duelo de miradas y me marcho, decidida a buscar una explicación a todo esto. Ha venido con Logan, por lo que todavía le queda un rato. Él no se irá de aquí sin encontrar respuestas.

Pero yo planeo encontrar otras distintas.

Corro hacia mi coche y, nada más salir a la carretera, recibo una llamada de Leonard. Al principio no pienso contestar, pero luego decido hacerlo. Estoy segura de que tiene que ver con el hijo de puta enfermo al que dejé aterrizar a niños inocentes por no indagar más allá de lo estrictamente necesario cuando me convertí en agente del FBI.

—¿Qué pasa? —pregunto en tono serio, y me aclaro la garganta para evitar que se me escape el sollozo que amenaza con salir.

—Nuestro asesino castrador mató a Ferguson —dice con mucha calma.

Casi se me cae el móvil.

—¿Cómo? —pregunto con incredulidad.

—No quería que lo relacionáramos con él, pero dejó a la niña con Lindy May Wheeler, quien, sorpresa, en su día vivió en Delaney Grove.

—Eso no tiene sentido. Según vuestro perfil, es un sádico, y un sádico no habría...

—Estamos revisando el perfil. Mata por venganza. No es un sádico. Todo lo que creíamos saber está a punto de cambiar. Pensamos que siente empatía por ti. De alguna manera sabía lo de Ferguson y lo de... tu pasado —dice, pronunciando la última parte con indecisión.

Aprieto el móvil y piso el acelerador.

—Vale. Mantenme informada —respondo, imperturbable, sin que se refleje en mi voz el torbellino de emociones que se agita dentro de mí.

En cuanto cuelgo, hago un repaso de las formas en las que estoy perdiendo la cabeza. He llegado a sospechar que Lana mató a ese hijo de puta, pero es una locura. Este caso me toca demasiado de cerca, no estoy pensando con lógica.

Pero ha dicho que el asesino conocía mi pasado, que se interesó por él. Le di motivos a Lana para fijarse en mí cuando la alerté de mis sospechas como una estúpida. Se mostró demasiado tranquila. Demasiado indiferente ante las acusaciones.

Es como si se hubiera preparado para aquellas preguntas.

Si fue ella quien mató a Kenneth, entonces Lana sería nuestra asesina en serie que ha estado matando a base de fuerza bruta a hombres

que le doblan en tamaño. Es imposible que eso sea verdad.

Entonces, ¿qué hago conduciendo hacia su casa? ¿Por qué sigo convencida de que es el ángel al que se refería Laurel?

Si Logan se entera de que se me ha ido tanto la pinza como para acusar a su novia (a la que cree perfecta) de algo tan absurdamente imposible, por no decir extremadamente atroz, no me lo perdonará nunca.

Cuando llego al camino de entrada, no hay ni rastro de la policía e intento no pensar en lo descabellado que es todo esto. Ahora mismo estamos todos volcados en este caso. La policía local está buscando docenas y docenas de cadáveres enterrados por un demonio al que debería haber matado.

La casa está a oscuras, y cuando giro el pomo con cuidado, me sorprende descubrir que la puerta no está cerrada con llave. La dejo como está y entro. Logan ha estado en su habitación, así que la paso por alto porque sé que sería lo suficientemente inteligente como para esconder todos sus sucios secretitos.

Ignoro la parte molesta de mi mente que me llama loca por sospechar de ella. A nivel físico, ni por asomo es capaz de hacer esas cosas. Matar

a Kenneth habría sido una tarea muy complicada. Primero habría tenido que sacarlo del sótano. Luego empujarlo cuesta arriba hasta la playa. Es imposible.

Pero continúo, dejando que mi intuición se anteponga a mi razón.

Hay algo en ella..., algo inquietantemente controlado que Logan no ve. Algo oscuro en sus ojos cuando te mira directamente al alma.

¿Pero hasta qué punto puede ser malvada una persona que salva a una niña?

No entiendo nada.

Encuentro una puerta cerrada con llave y mi instinto me lleva a forzarla sin pensármelo dos veces. Mis habilidades me lo ponen fácil y la puerta se abre en cuestión de segundos. Pero no hay nada dentro.

¿Por qué cerrar una habitación así?

Solo tiene cuatro estanterías contra las paredes, y todas están vacías.

Confundida, me doy la vuelta, pero un grito me desgarran la garganta cuando un enorme cuerpo se abalanza sobre mí.

Intento agarrar la pistola, pero es demasiado tarde. La bestia choca contra mí, me estrella contra la pared y me deja aturdida mientras se me escapa otro grito de dolor.

Me quita el arma, la tira al suelo y vuelvo a quejarme cuando me empuja contra la pared y siento que un aliento cálido con olor a menta me roza la piel mientras me retuerce las manos en la espalda.

—Vaya, qué sorpresa tan agradable, ¿verdad, agente Grace? —pregunta una voz de hombre, lo que provoca que un escalofrío me recorra la espalda—. Dos por el precio de una —continúa, todavía sujetándome—. Una pena que esté buscando a otra. Tendrás que esperar tu turno. Hasta te voy a perdonar que seas pelirroja.

El aire se me queda atrapado en los pulmones cuando me doy cuenta de algo con total claridad. En medio de tanto caos, Logan probablemente ni siquiera pensó en que los policías habían dejado de hacer de niños. Solo hay una persona que podría estar aquí ahora mismo.

—Dime, agente Grace —dice mientras me ata las manos con mis propias esposas y yo permanezco indefensa, inmovilizada y forcejeando en vano—, ¿le tienes miedo al Hombre del Saco?

Siento una sacudida en el estómago e intento gritar de nuevo justo cuando me tira al suelo. Se echa encima de mí, riéndose mientras yo pido auxilio a voces. Él se ríe aún más fuerte.

—¡Grita! ¡Grita todo lo que quieras! —se burla—. Este es el mejor sitio del mundo para gritar porque nadie puede oírte, agente.

Me levanta los pies y me doy cuenta de que me los está atando a las manos, obligándome a arquear la espalda mientras se levanta de encima de mí para terminar la tarea.

—Pero no puedes gritar cuando llegue mi invitada —continúa, sonriendo en medio de la oscuridad. Me acostumbro a la falta de luz y consigo distinguir el brillo de su calva cuando me mete algo en la boca.

Intento impedirlo, pero me clava los dedos en la mandíbula y me la abre a la fuerza. Aprieta la mordaza bien fuerte y, segundos antes de que me cubra la boca, oigo el característico sonido de la cinta adhesiva al rasgarse.

Vuelvo a forcejear y a resistirme, pero tengo las manos y los pies atados. Él vuelve a reírse mientras me levanta y me carga sin esfuerzo escaleras abajo, dejando a propósito que mi cabeza se vaya arrastrando contra la pared.

Grito, pero solo consigo emitir un sonido apenas audible y amortiguado bajo las capas de la mordaza que me ha colocado. Al girarse bruscamente, me golpeo la cabeza contra la pared.

—Ups —dice, y suelta una risita.

Me deja caer al suelo y gimo, aunque el sonido no llega a salir debido al fuerte impacto que recibo en el codo y la cadera. El chirrido de las dos puertas plegables del armario me llama la atención cuando veo que se abren, y él me da una patada en el estómago con tanta fuerza que me rompe algunas costillas mientras me arroja al pequeño espacio.

Se arrodilla para introducirme por completo y yo giro la cabeza cuando intenta apartarme el pelo de los ojos.

—Disfruta del espectáculo, agente Grace. Al menos sabrás lo que te espera.

Acto seguido, da un portazo. Los pequeños paneles, a modo de persianas, me permiten mirar por las rendijas y comprobar que se aleja.

La música se filtra por toda la casa; una suave canción clásica. Desde aquí logro ver la puerta principal y observo, deseando no haber sospechado nunca de ella.

Una lágrima me rueda por la mejilla y siento que me quema la piel.

Logan vendrá con ella. Lo veré morir delante de mis ojos. Y ni siquiera puedo avisarlo.

Noto el móvil en el bolsillo delantero, provocándome, tan cerca y a la vez tan lejos. Por mucho que me mueva, no logro alcanzarlo.

Parece que han pasado horas cuando la puerta por fin se abre e intento gritar. Intento advertirle. Pero el poco ruido que consigo emitir queda ahogado por la música que inunda la casa.

Cuando cierra la puerta, viene sola; Logan no está. No hay esperanzas de salvarme.

Todo ocurre rápido.

Plemmons la golpea por sorpresa con un puñetazo en el lado de la cara. Ella deja caer las llaves y el teléfono que lleva en la mano y se estrella contra la pared por el impacto, mareada y confundida.

La empuja con todo su cuerpo y ella grita cuando le retuerce la mano con la que intenta golpearlo, mientras la estrangula con el brazo. A pesar de la música, puedo oír todo lo que le dice.

—Peleona. Me gusta. Y guapísima. El agente Bennett tiene buen gusto —se burla—. Por fin te ha dejado sola. Dime, princesa, ¿le tienes miedo al Hombre del Saco?

Él la levanta y la lanza contra la pared de enfrente. Ella se golpea con fuerza antes de rebotar contra el suelo.

Lo que me llama la atención es que se ríe mientras vuelve a levantarse poco a poco.

—El Hombre del Saco —dice, levantando la mirada hacia él—, ya era hora.

Se detiene y una mezcla de confusión y enfado se refleja en su rostro. Lo que le excita es el miedo. El dolor.

Sin embargo, ella parece inmune.

¿Le ha enseñado Logan cómo actuar?

¿O de verdad es tan estúpida como para no tener miedo?

Él carga contra ella y le da una patada en el estómago antes de levantarla del suelo por el pelo.

Un sonido ahogado se escapa de su boca y él la golpea contra la pared con suficiente fuerza como para romperle algo. Ella tiene la cabeza ladeada y sonríe cuando él se acerca por detrás.

—¿A que ya no te hace tanta gracia? —le pregunta, extendiendo una mano para empezar a bajarle los pantalones—. Se acabó tanta risa.

—Creo que ya me has hecho suficiente daño como para que resulte convincente —le dice antes de que pueda terminar.

Ese extraño comentario hace que se detenga mientras yo noto el pulso en los oídos.

Ella le da un codazo en la cara, con un ángulo imposible. Aspiro aire por la nariz, sorprendida al verlo tambalearse hacia atrás.

Se limpia la boca, se mira los dedos y, con la otra mano, enciende la luz, dejando al descubierto las yemas ensangrentadas.

Le sangran la nariz y el labio inferior, y ya tiene moratones en la cara por los golpes que le ha propinado él. Sin embargo, parece que el dolor no le afecta.

Él entrecierra los ojos.

—El Hombre del Saco no da tanto miedo con la luz encendida —dice, y una sonrisa siniestra le levanta las comisuras de los labios.

El codazo le ha hecho sangrar por la nariz, y grita de rabia antes de lanzarse sobre ella. Lana se da la vuelta, esquiva su puño y después le asesta un buen rodillazo en las costillas.

Mientras él se dobla sobre sí mismo, ella vuelve a girar, levanta el pie y le golpea en la espalda. Él se estrella contra la pared, lo que la hace sonreír aún más mientras él mira a todos lados, confundido. Furioso. Listo para matar.

—No puedo dejar demasiados moratones. No queremos que sospechen, ¿verdad?

Se me congela la sangre en las venas y sacudo la cabeza con incredulidad.

Saca una navaja, la misma con la que ha matado a tantas otras personas. Ella la mira con indiferencia.

—Ay, cómo me gustaría poder sentarte y hacerte lo mismo que tú les hiciste a todas esas mujeres. Que sientas el mismo dolor y pánico que ellas sintieron —le confiesa, mirándolo de reojo con una sonrisa—. Pero no puedo. Sin embargo, lo que sí que puedo hacer es despojarte de todo ese orgullo del que tanto presumes. De ese «poder» que crees que tienes. Y luego te mataré.

Él se lanza corriendo con la navaja en la mano, pero ella esquivo dos golpes con demasiada facilidad, como si estuviera jugando con él.

Ella le agarra la muñeca al tercer ataque y se la retuerce rápidamente en un ángulo extraño mientras él grita. El cuchillo cae al suelo y ella se gira y le asesta una patada en los pies.

Cuando él se cae al suelo, ella empuja el cuchillo con el pie hacia un lado para que quede fuera de su alcance. Él se levanta rápidamente y corre hacia una mesa, pero ella se agacha, agarra la navaja y la lanza con tanta fuerza a un cajón que la hoja queda clavada hasta la mitad.

La madera no se mueve cuando intenta sacarla, y ella se ríe mientras se abalanza sobre él esta vez. Él intenta agarrarla, pero es demasiado rápida y le da un rodillazo tan fuerte en la entrepierna que cae de espaldas, sollozando

mientras probablemente trague saliva para que se le vuelvan a bajar las pelotas.

—Un buen rodillazo en los huevos resultará creíble —dice, y arranca la navaja del cajón antes de abrirlo y sacar una pistola—. Buen intento, por cierto. Una lástima que sepa dónde tengo escondidas mis propias armas, ¿no crees?

Ella es el gato, y él, el ratón.

El hombre que ha tenido a todo Boston aterrorizado durante tanto tiempo, y ahora a Washington, no es más que un juguete en sus manos.

¿Quién cojones es Lana Myers?

No hago ruido, aterrada por una razón completamente distinta. Se me ocurrió amenazar a una chica que tiene a un sádico sexual sollozando en el suelo.

—El temible Hombre del Saco —dice con un suspiro mientras lo rodea con la navaja en la mano—. Nunca me han gustado las pelis de terror. ¿Sabes por qué?

Él se agarra la entrepierna, todavía retorciéndose en el suelo de dolor.

—Te diré por qué —continúa, y le da la espalda para volver al salón—. Porque siempre pintan a las mujeres como unas chillonas y unas patéticas, incapaces de salvarse a sí mismas. El

malo siempre va andando. La chica siempre corre. Sin embargo, de alguna manera, el aterrador «Hombre del Saco» acaba alcanzándola.

Observo cómo Plemmons consigue ponerse de pie, con ella todavía de espaldas. Abro mucho los ojos, y no sé a cuál de los dos sería peor enfrentarme.

Dos demonios en una habitación.

¿Cómo he acabado aquí?

—También odio que las pinten como cabezas huecas con un golpe de suerte —añade, ajena a su acercamiento sigiloso—. Que las chicas agarren un cuchillo en el último momento y el asesino corra hacia la hoja. Demasiado anticlimático. Normalmente acaban desapareciendo cuando ellas corren a buscar ayuda. Entonces él hace un último intento por matarlas.

Se acerca por la espalda sigilosamente y, en el último segundo, se abalanza sobre ella.

Ella sonríe, y a mí se me encoge el corazón cuando se deja caer sobre las manos, levanta las piernas rápidamente y le agarra el cuello con los tobillos antes de darle la vuelta, todo ello con un solo movimiento fluido.

Joder con la ninja asesina.

Él se cae al suelo y ella lo ahorca ahora rodeándole el cuello con las piernas.

—Me gusta asfixiar a hombres igual que te gusta a ti hacerlo con mujeres —sisea con un tono tan oscuro y siniestro que me repugna y confirma mis peores temores—. Pero yo no ataco a los que son más débiles que yo. No ataco a inocentes.

Lo suelta y vuelve a ponerse en pie con la misma velocidad incomprensible, casi antinatural. Poco a poco, sus palabras van calando hasta lo más profundo de mi ser y lo que implican me deja completamente desconcertada.

«Mata por venganza». Leonard me dijo que mataba por venganza.

«Empatía».

Todas las piezas intentan encajar.

Plemmons tose, ahogándose con el aire que entra en sus pulmones.

—¿Quién... eres? —pregunta entre respiraciones entrecortadas.

A ella se le ensancha la sonrisa.

—Soy la chica que se encarga de la escoria. De esos hombres capaces de hacer cosas horribles y retorcidas a los más débiles. De los que han abusado de inocentes. De los que creyeron que acabaron conmigo cuando yo no podía defenderme. Igual que las mujeres a las que has matado tú.

Se agacha cerca de su cabeza, mientras él se retuerce boca arriba, todavía agarrándose el cuello. Es puro teatro. Es un pésimo actor. ¡Maldita sea! ¡Está fingiendo!

Cuando por fin me decido por un bando, intento avisarla, pero mis palabras quedan ahogadas bajo las capas de la mordaza y el sonido constante de la música.

Ella le acerca la navaja a la mejilla y lo acaricia con la hoja. Él deja de forcejear y se queda completamente inmóvil.

—Tú eres igual que yo —le dice, con más sorpresa en su tono que miedo o malicia.

—No —le responde en voz baja—. Soy mucho peor y mejor que tú. Soy aquello que temen los monstruos que habitan en la oscuridad. Y ahora incluso soy la pesadilla del Hombre del Saco.

Ella se aleja y él se pone de pie. Cuando se coloca de frente, ella le guiña el ojo... Le guiña el puto ojo. Está disfrutando cada segundo.

Está cumpliendo lo que prometió: lo está despojando de su orgullo y su poder, destrozando la sensación de inmortalidad e invulnerabilidad que tenía.

Él agarra una lámpara y se la lanza a la cabeza. Ella la esquivo riendo, y él coge la mesita y se la tira.

Ella la sortea, aprovechando su velocidad. Es como si lo tuviera todo planeado.

—Ni siquiera se te levanta como a un hombre de verdad —lo provoca, y sonríe cuando se le dilatan las fosas nasales y la rabia le arruga el rostro—. Necesitas rajar a mujeres y verlas sangrar para que se te empalme en condiciones. Eres débil —dice mientras cruza la habitación—. No tendría que haberme tomado la molestia contigo. Los hombres a los que yo mato son fuertes y poderosos, capaces de follarse a una mujer sin necesidad de forzarla. Solo violan cuando sienten que necesitan ponerlas en su sitio.

Le dice exactamente lo que necesita oír para sacarlo de sus casillas, romper la fachada que ha construido y humillarlo. Es muy buena analizando perfiles porque ha estudiado mucho el tema. Ha aprendido a degradar y humillar a todas sus víctimas.

Igual que hicieron con ella.

Es una víctima. O al menos lo fue.

Cada palabra que sale de su boca completa la historia que aún no ha contado.

—¿Sabes qué es lo que les quito? —pregunta ella, bajando la mirada hacia su regazo antes de volver a levantar la vista hacia el rostro de él.

Se me revuelve el estómago. Yo sí lo sé—. Les arrebató todo —dice al fin—. Tienen mucho que ofrecer.

Le da la espalda para hacerle ver que no tiene poder sobre ella, que no supone ninguna amenaza. La pistola está tirada delante de las puertas del armario, pero él no ha vuelto a cogerla.

Sería demasiado fácil recurrir al arma.

Lo está manipulando de forma magistral.

Está manipulando a un hombre que ha jugado con el mundo entero.

Y va ganando.

Corre hacia ella, dispuesto a demostrar su valía, y ella se gira, con la navaja en la cintura, para mirarlo de frente. Él se lanza directamente sobre ella y yo contengo un grito por miedo a que me oigan.

Ella pone los ojos en blanco cuando él abre los suyos por la sorpresa, con el rostro pálido mientras retrocede dando tumbos, y le arranca la navaja con violencia.

—Qué suerte he tenido —se burla—. Igual que en las pelis de terror. Nadie sospechará nada.

Cae de rodillas, con la herida del abdomen sangrando a borbotones. Hay demasiada sangre como para que sobreviva si no llega ayuda de inmediato.

Yo habría sido su próxima víctima. Ahora me pregunto qué pasará cuando descubra que lo sé todo.

Aunque ya podría haberme matado. Nadie habría sospechado de ella.

En su lugar, localizó a mi padrastro, lo mató y luego le salvó la vida a una niña. Una cría a la que yo defraudé al no ser la heroína que un demonio sí supo ser.

Lana Myers, o quien quiera que sea en realidad, sobrevivió a algo tan terrible que necesita vengarse.

Pero Logan está saliendo con ella.

Se está enamorando.

Y es una puta psicópata.

El sentimiento de culpa por mis propios fracasos me lleva a preguntarme qué pasaría si la detuviera. No tengo suficiente información sobre sus víctimas como para saber si hacen daño a otras personas, tal y como yo dejé que Kenneth hiciera.

He fallado a demasiadas personas por creer en mentiras.

Ella puso fin a sus malas acciones.

¿Qué pasará si más gente resulta herida por detenerla antes de que termine? Apenas puedo vivir con la culpa a la que todavía tengo que enfrentarme.

Mientras me debato entre las opciones, Lana se sienta y lo observa desangrarse, sujetando la navaja como si fuera el mando de la televisión y estuviera viendo su programa favorito. Él se ahoga y gorgotea sangre, mirándola con incredulidad.

Vino a matar a una mujer indefensa y acabó descubriendo que en realidad él era la presa que había caído en la guarida del león.

—Esta es mi parte favorita —le dice con suavidad—. La mirada de resignación. El momento en que la esperanza se pierde y sabes que no van a venir a salvarte. He estado en esa situación. Es aterrador, así que sé exactamente lo asustado que estás ahora mismo. Lo indefenso que te sientes. La diferencia es que tú no vivirás para matarlos a todos algún día.

«Matarlos a todos algún día».

Memorizo cada dato y decido hacer una lista con las razones por las que debería o no debería contarle al mundo quién es ella.

—Me lo arrebataron todo. No me dejaron nada. No tenía nada que perder —susurra, y apenas oigo lo que dice—. Hasta que llegó él.

El corazón me late más deprisa. Logan. Está hablando de Logan.

—Entonces, decidiste que querías matarlo. Es demasiado bueno para morir. Es todo lo

contrario a nosotros. Su luz aún sigue brillando. Espero que se diviertan contigo en el infierno. Te condenaste a ti mismo el día en que fuiste a por lo único que me hace sentir que aún me queda un alma que salvar. Lo único que amo más que la venganza.

Y así, sin más, tengo mi respuesta. Y observo junto a ella cómo el Hombre del Saco muere víctima de su propia navaja. A manos de una mujer.

Las manos de una víctima.

En cierto modo, es justicia poética.